

También la iconografía de *La Edad del Oro* es variadísima: dibujos, grabados de distintos siglos, reproducciones y estupendas fotografías de paisajes, gentes, objetos y monumentos.

En cualquier caso, sorprende ver reproducido un fotograma de la película *Aguirre o la cólera de Dios*, del cineasta alemán Werner Herzog, donde se nos presenta un Lope de Aguirre, interpretado por el actor Klaus Kinski, excesivamente wagneriano, y que muy poco o nada debió tener con el colérico personaje vascongado. Aguirre fue retratado por alguien que le conoció, Fray Reginaldo de Lizarraga, de esta forma tan aguda: *un vizcaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador... Vi a este Lope de Aguirre muchas veces siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía toda la calle a voces. ¿Qué tendrá que ver este Lope de Aguirre con el estilizado al máximo por Herzog? Pero esto en el conjunto del libro es sencillamente una anécdota.*

Al margen de reconocer el gran valor de la memoria de un pueblo en este libro, se hecha muy en falta al término de cada uno de los textos transcritos, una mayor información tal como lugar o fecha de edición. Es cierto que al final del libro se hacen unas útiles notas sobre autores y textos, pero esto no impide para que en las consiguientes crónicas y testimonios de la conquista del Perú se aporten estos datos fundamentales, no ya para los investigadores sino para el público en general.

Emilio Temprano

Una poética obsesión

Por suerte para la literatura y para las demás artes ya se está dejando de hablar de «la inspiración» como materia prima de la producción intelectual. El «caballo volador» de que hablaba Bécquer, era entendido como un generoso fantasma que acudía en ayuda del artista cada vez que éste se disponía a trabajar ya fuera frente al lienzo en blanco, el papel o el trozo de mármol, todo ello duro, en su estado amorfo.

Creo que es concretamente desde Neruda cuando se viene hablando del Trabajo, con mayúscula, como base y principio del quehacer artístico. Neruda era un obrero de su oficio. Se ponía el «mono» todas las mañanas y herramientas en mano, procedía a sacarle al torno de su escritorio lo más moldeado de sus figuras, metafóricas, poéticas. A partir de este concepto planteado por el chileno y demostrado paso a paso en su ingen-

te obra, a la literatura el gran público viene mirándola de otra manera, cogiéndole un poco más de respeto. El escritor ya es considerado un trabajador, con todos los respetos que se le prodigan al albañil, el médico o el camarero. Antes era una especie de soñador sin almohada, un ser que andaba flotando por la calle sin horizonte ni futuro; hasta de parásito social le habían llegado a tratar ciertos populachos.

Pero he aquí que Héctor Rojas Herazo da una pirueta en el espacio conceptual y no nos habla de inspiración y ni siquiera de trabajo con toda la connotación madrugadora y fichadora que esto pudiera tener. No. Nos habla de obsesiones. Su producción literaria es fruto de los millones de cosas que le obsesionan, hasta el punto, ahora sí, de que las obsesiones le tienen empleado, le pagan sueldo, como ha llegado a decir. Y *Celia se pudre*, su última entrega,* no es más que el producto de sus inacabables obsesiones, de ahí el volumen del libro, que no obstante Rojas Herazo se ha visto en la obligación de pensar al máximo para que esas páginas no desbordasen el millar y medio largo que tendría la descripción poética de tanta obsesión.

Incluso de vasto poema se ha llegado a calificar esta novela de la que en ocasiones el despistado lector podrá perder el hilo argumental de la epopeya. Rojas Herazo no nos propone una historia con un perenne desenlace de sucesos que por obligación deban tener un final feliz o desgraciado. Las cosas están iguales a todo lo largo del libro, simplemente porque la obsesión jamás abandona al cuerpo del que se ha posesionado. Desde el principio lo ha hecho suyo y no va a salir de él ni con el más eficaz de los exorcismos. El pulso que mantiene Rojas Herazo con el duende es uno que siempre estará en mitad de la raya y las manos vibrarán lo que dure la prueba que al final de cuentas quedará en un decoroso empate. El pudrimiento de Celia es esa obsesión de la que se ha tomado posesión acaso desde el mismo momento de la concepción. La poesía viene a hacer de artesano que aprovechando lo mejor de su arte filigránico, talla el diamante en bruto que es lo obseso y que al encontrarse con lo poético, saltan al espacio con furia, como la erupción de un volcán que ha estado acumulando energía en el centro de la tierra y que al fin se ha decidido a expulsarla a un exterior a lo mejor árido y sediento de vida. La obsesión áspera de Héctor Rojas Herazo se amanceba afortunadamente con su musa ágil y diáfana y de allí salen un sinnúmero de episodios que en manos de un escritor sin perspectiva metafórica, que los hay y son legión, no serían más que la exposición cruda y anodina, desprovista de magia.

Rojas Herazo ha querido ser honesto, pues como se apuntaba antes, el inmenso caudal de sus obsesiones daba para muchas páginas. El esfuerzo que ha supuesto a lo mejor nos ha privado de una exposición más amplia de la obsesión como elemento literario, pero en descargo de esto hay que anotar la valentía del autor al arriesgarse a dar a la imprenta ochocientas páginas de novela, precisamente a un público poco amigo de la comunicación mental con el arte. Es otra de las malas suertes de la literatura, enfermedad que no padecen sus hermanas. La música, por su carácter de emisión a buena distancia del espectador, se presta a que sea consumida con más facilidad aunque, claro está, cae en el peligro de ser pasto de la frivolidad y otros males. No obstante, está

* *Celia se pudre*. Héctor Rojas Herazo. Editorial Alfaguara. Madrid, 1986.

en ventaja con respecto a lo escrito, pues al texto debe acudir el cliente, con toda su capacidad para interesarse por lo que un señor ha plasmado allí en incontables horas de su vida. Pero Rojas Herazo ha sido valiente en este sentido, en vez de dividir el tema en un sinnúmero de libritos como para que ni editorial ni lector se asustasen. Pudriendo a Celia en diez o más tomos, Rojas Herazo a lo mejor, tendría más espacio y tiempo para pintar allí, en un acrílico más diciente y tenaz, la inmensidad que lo obsesiona. Pero al telegrafiarlos de tal forma la novela, nos compensa de la brevedad y recopilación, pues la obligación por el descubrimiento y el acompañar paso a paso lo expuesto, resultan ejercicio interesante del que se pueden extraer interesantes elementos, si el lector está decidido plenamente por un aprendizaje literario. Rojas Herazo no es que se proponga una labor didáctica en *Celia se pudre*, pero lo logra involuntariamente, con el inmenso derroche de originalidad y recreo de poesía, todo en extenso, de poca circulación en nuestro medio hispano.

La multitud de alegorías que hay en esta novela, sería una enumeración prolija que no vendría a cuento en esta reseña. Aludiendo a temas y sentimientos tan dispersos como el amor, el odio, la envidia, la mediocridad y el conformismo, el terror y la alegría (muchas veces presentados por separado, otras en singular conjunto) Rojas Herazo sabe penetrar perfectamente en el alma humana y recordarnos que el ser humano está compuesto de todos estos materiales y que hay que hacer hincapié en ellos y no con ánimo de recreo pernicioso, sino más bien como exorcismo purificador. De todos estos elementos podría destacarse el terror pues, como Rojas Herazo ha dicho en muchas ocasiones, él es germen que está en mucho de lo que hace. Es el epicentro de su pintura y no es ajeno tampoco a sus novelas y poemarios; podríamos decir que le acompaña como un estigma, una marca indeleble, de la que trata inútilmente de liberarse y que apenas calma, sin llegar a sanar en su totalidad. Dice Rojas Herazo que... «el hombre vive desde y por el terror. Es algo que le acompaña desde el mismo momento de su nacimiento, puesto que terror tenemos a toda contingencia humana que pudiera destruirnos. La arquitectura humana es tan frágil que cualquier accidente, por mínimo que sea, podría dañarla irreparablemente y hasta destruirla por completo. Por eso el terror nos acompaña siempre y se convierte en una sombra ingrata. Por eso yo no puedo olvidarlo como personaje». Pues bien, fiel a la anterior descripción, el personaje que protagoniza *Celia se pudre* es una víctima del terror que le produce el estar toda la vida metido en un ministerio, con un cúmulo de aspiraciones sin realizar y que le han venido mordiendo desde niño. Pero la suerte está echada pues el resto de sus días se dibujan como una larga serpiente, casi muerta, con una energía viva pero no vívida, días que por fuerza tendrán que transcurrir entre las paredes del ministerio. Un ambiente no embalsamado pues sería demasiada la dicha, y sí momificado que no viene a ser exactamente lo mismo. El embalsamamiento conserva el cuerpo intacto para toda la posteridad y la momificación presentará un cadáver que se ha negado a una noble y digna putrefacción. La diferencia estriba en que el funcionario a cambio de no vivir en plenitud, pugna contra el destino por un glorioso embalsamamiento que al menos le compense de la desgracia. Pero la imposibilidad se masca a cada paso, pues la vida que transcurre entre aquellos muros, apenas dulcificados por una compasiva luz de neón, no es más que la menos propicia a un esmerado proceso de embalsamamiento. Y no lo es, pues los ungüentos usados son los de la mediocridad y el conformismo que, como